

GUERREROS CELESTIALES

Los Tres Guardianes

2

La guerra de los clanes

LUIS FERNANDO ESCALONA

Copyright©2015, by Luis Fernando Escalona.
Ilustración de portada: Fernando Gil.
Publicado en México, 2016.
1ª Edición.
ISBN: 978-607-7570-21-9

Ala de Avispa Editores
Boulevard Ignacio Zaragoza, Condominio Granero,
Casa 36. Colonia Hacienda del Pedregal,
Atizapán, Estado de México. Código Postal 52910
www.aladeavispa.com
edicion@aladeavispa.com

Este libro no podrá ser reproducido
ni total ni parcialmente por ningún medio,
sin el previo permiso escrito del autor.
Todos los derechos reservados.

Para mi madre

*A mi padre,
quien conoció parte de esta historia*

*“Es inevitable volar.
Qué importa si desaparezco”.*
Elvia de Angelis

*Existió un mundo del que no he hablado;
un mundo distinto, hermoso y rico en
historias.*

Les quiero platicar...

Prólogo

La sombra del otoño ceñía al mundo.

Pero más allá de los cobrizos follajes, que crujían sobre la región de Bilbaard, las hojas color sangre del árbol aquél parecían presagiar un futuro envuelto en llamas. Aquella visión era la de un espectro.

Yurvel era el nombre del árbol y en lengua antigua significaba “joya”. Se decía que sus hojas eran fragmentos petrificados de la gema que había creado Barlak, la que contenía el poder de lo absoluto.

Al mutante no le importaba.

Estaba seguro de que ese árbol no tenía mucho tiempo en ese lugar; ni el riachuelo que salía del camino de agua que se convertía en torrente y caída, ni las extensiones de terreno donde se erguían temerosas las cañas de azúcar: se sentía como un extraño en una tierra que ya no le pertenecía.

Cerca de los sembradíos estaba la cabaña, aquella donde alguna vez durmió, cobijado por el manto protector de la noche. El mutante olfateó en busca de su único habitante sin encontrar su rastro. No le parecía extraño; es más, así lo recordaba: siempre desaparecía sin avisar.

Pero más arriba del monte, cerca del peñasco y la cascada, había una casa nueva de madera; pequeña, con ventanas que dejaban cruzar la luz del sol y una puerta blanca tallada con el emblema de la Joya en el frente. Por detrás, el árbol rojizo parecía hundir sus raíces, como queriendo apoderarse del terreno que le pertenecía al agua que corría por ahí.

De pronto, escuchó una voz que tarareaba una canción. El mutante se echó para atrás la capucha de su

capa y descubrió a la montaña su rostro. El viento chilló a su alrededor. Su oscura melena le caía por debajo de los hombros y su rostro felino, lleno de cicatrices, tenía el color del vacío y de la noche. Sus ojos eran dos piedras amarillas que escudriñaban el lugar.

El sonido provenía de la parte trasera de la casa. Al principio fue como el susurro de un ave; luego se convirtió en la dulce voz de una mujer humana. El eco de una caverna subió por la garganta del mutante y sus ojos se entrecerraron como una luz que desgarrar la noche.

Sin hacer ruido, el mutante se acercó y vio a la mujer en cuclillas, llenando de agua un jarrón de barro. Junto a la pared había una cuna; en su interior, algo se movía hacia arriba y hacia abajo, con pausa y tranquilidad.

El mutante acercó su oscura mano y removió las cobijas brevemente: dormía una bebé. El mutante sonrió. Pero no con esa sutileza que se admira ante la vida, no. Era una silueta perversa que asomaba en su rostro de felino, al saber que acababa de encontrar, no una, sino dos víctimas.

Por su parte, la mujer era joven y cubría su delgado cuerpo con un largo vestido de color anaranjado, como si el otoño le hubiera llenado con sus brazos de cobre. Su cabello lacio tenía el color de las almendras, largo hasta la espalda, y su piel era clara como la espuma en la que la cascada llegaba a su fin.

“Es la chica del puerto”, pensó el mutante.

Entonces la mujer se puso en pie y se giró para regresar a la cabaña, pero un espasmo la detuvo. Al frente estaba él, el más temido de los mutantes, el que había destruido la Cárcel de Damar y había iniciado una rebelión contra los hombres; aquel que había conocido una tarde en el puerto de Travo, cuando el humano que lo

acompañaba la había salvado de un guerrero del mar. Ahí, delante de sus ojos, estaba el león oscuro.

El jarrón de agua se deslizó entre sus manos y quebró en el suelo las promesas de una tarde acogedora. Momentos después, una voz masculina se acercó por el lado izquierdo de la casa.

—¿Alina? ¿Estás...?

Una sensación de calor se apoderó del hombre y su pecho empezó a golpear con fuerza.

El mutante se giró para quedar frente al humano. A sus espaldas, Alina quiso moverse en dirección a la cuna, pero un bufido de advertencia la detuvo.

—¡No te muevas, mujer! —gritó Síndar, en un tono más de súplica que de alarma.

El león oscuro lo contempló unos instantes. Síndar tenía una espesa barba color marrón y vestía una túnica hecha de gumba, propia de los Moradores del Camino. Al lado del mutante parecía muy pequeño. Difícil para ambos era creer que, algún día, habían sido compañeros del mismo entrenamiento.

—Báliak...

—¿Dónde está tu maestro? —le preguntó el león.

—¿Cómo llegaste hasta acá? Escuchamos que estabas en Fángor y que la Legión...

—La Legión está sometiendo las alcaldías regionales —interrumpió el mutante—. ¿Recuerdas la técnica de la Reubicación?

Síndar se acordaba.

—Pero Válmik nunca...

—No, claro que no. Ese insecto nunca hizo nada por mí.

—Báliak... —susurró el humano en tono conciliador.

—La cara oscura de la Joya es más poderosa.

—Báliak, por favor...

El león oscuro dio un paso hacia adelante.

—¿Dónde está tu maestro?

—Báliak, yo...

Alina corrió hacia la cuna.

—¡No! —gritó el humano, pero Báliak le dio una bofetada en el rostro con el dorso de la mano y el hombre cayó.

Alina quiso tomar a la bebé. El brazo de Báliak se movió con rapidez y tomó la forma de un sable luminoso que cortó en dos el aire y traspasó el vientre de la mujer.

—¡Alina! —gritó Síndar.

Ella se tambaleó, chocó contra la cuna y ésta cayó. La bebé comenzó a llorar y el cuerpo de Alina se desmoronó, roto como un jarrón.

Síndar no quería combatir, pero el instinto le hizo moverse hacia el riachuelo, donde yacía inmóvil su mujer. Báliak lo interpretó como un remedo de ataque. Y arremetió contra él, quien fuera, alguna vez, su único y real amigo.

Su brazo reventó el soplo del cielo y abrió una profunda herida en la espalda del humano. Síndar gritó ante la sensación de calor desgarrante y cayó, muy cerca de Alina, para no volver a levantarse.

Cegado por la ira, Báliak rugió y presionó el aire con sus garras de lumbre, con la intención de embestir a la bebé.

Pero un rayo de luz se cruzó en su camino.

El impacto del mutante estalló sobre la tierra. Báliak se giró hacia la cascada. Válmik, el hormigo, con la bebé en brazos se arrojó al vacío y en la boca de agua desapareció.

El temible y frustrado rugido de su garganta hizo que de su cuerpo brotara un resplandor que se extendió

en el lugar. La luz destruyó la casa, deglutió a los humanos sobre el riachuelo y despedazó el árbol de Yurvel.

Cuando la irradiación se apagó, el león oscuro había desaparecido. Y los senderos deformes del riachuelo parecían venas que agonizaban, sangre que se extinguía, como si las hojas del árbol hubiesen sido asesinadas.